

Aleksandar Hemon

Cómo se hizo La guerra de los zombis

Traducción de Eduardo Jordá

Primera edición, 2016

Título original: *The Making of Zombie Wars*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2015 by Aleksandar Hemon

All rights reserved

© de la traducción, Eduardo Jordá, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-69-6

Depósito legal: B. 10.362-2016

Impreso por Reinbook

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

El alma no puede imaginar nada ni recordar las cosas del pasado si el cuerpo no resiste.

BARUCH SPINOZA

Cuando yo era joven, vivíamos en un mundo peligroso y se sabía bien quiénes eran ellos. Era nosotros contra ellos, y estaba muy claro quiénes eran ellos. Ahora ya no estamos tan seguros de quiénes puedan ser; lo único que sabemos es que están ahí.

GEORGE W. BUSH

Idea número 2 para guion. *A Jack le han tatuado el código de acceso al arsenal nuclear en su corazón trasplantado, para hacer más difícil que el presidente pueda acabar con el mundo pulsando un botón. Los rusos lo descubren y persiguen a Jack, que lleva una vida muy tranquila y no sabe nada de los secretos que oculta su corazón. Los americanos también lo persiguen, así que tiene que huir. El futuro de la humanidad depende de su supervivencia. Título: Corazón partido.*

Idea número 7 para guion. *Una apocalíptica tormenta solar lanza una bola de fuego contra la Tierra y en muy poco tiempo la vida en el planeta se extinguirá abrasada. Una nave espacial tripulada por cincuenta hombres y cincuenta mujeres escapa con la improbable esperanza de llevar el germen de la humanidad a un remoto lugar aún desconocido. Pero de repente los hombres empiezan a aparecer muertos. Ayelet debe encontrar al asesino antes de que la última y débil posibilidad de supervivencia de la especie humana se extinga. Título: ¿Adónde vamos desde Ninguna Parte?*

Idea número 12 para guion. *DJ Spinoza es un marginado al que nadie entiende, ni sus compañeros de clase ni sus amigos ni tampoco sus profesores. Su único sueño es pinchar discos en el baile de fin de curso y hacer que todos esos gilipollas alucinen. Cuando su forma heterodoxa de pinchar arruina una fiesta en el apartamento de la chica con la que quiere salir (Rise), todos le hacen el vacío. ¿Qué tendrá que hacer para que todo el mundo baile con su música y Rise se rinda a sus encantos? Título: Pinchando hasta perder el control.*

Y ahora, ¿qué hago con el chico?, se preguntó Joshua. Todos los sentimientos humanos derivan del placer, del dolor y del deseo, pero lo más importante de todo —podría decirle DJ Spin a Rise— es el ritmo. ¿Y si el chico no decía nada? ¿Qué pasaba si era un tipo de los duros, de los silenciosos? ¿Y por qué tenía que ser una cosa y no otra? Escribir no vale nada si no acarrea la agotadora e irresoluble carga de las decisiones sin consecuencia alguna.

En el Coffee Shoppe, la tarde fue dando paso al anochecer mientras el proceso de cafeinización de Joshua alcanzaba las mismas cotas que las plantaciones ruandesas de las que procedía su bebida. Y, *voilà*, ahora ardía en deseos de perderse por la red buscando información sobre Ruanda, con el fin de descubrir algunos hechos relevantes sobre otras culturas y dejar que sus problemas creativos se resolvieran solos. En otros tiempos, antes de que apareciera la red mundial de las tentaciones, existía esa cosa llamada inspiración. Pero después, el espíritu empezó a verse acorralado por las trivialidades y las búsquedas vanidosas. Por fortuna, en el Coffee Shoppe no había conexión a internet.

De modo que Joshua abrió un archivo con otro guion en perpetuo desarrollo (título: *El blues del Hombre Serpiente*), en el

que un friki de los cómics y un superhéroe retirado (el Hombre Serpiente), que tiene que ganarse la vida de muy mala gana como profesor de inglés en un colegio público, se unen para luchar contra el malvado alcalde de Chicago. Joshua no había decidido aún si debía hacer que el Hombre Serpiente muriera al final o bien que sobreviviera y volviese a dar clases —una actividad realmente heroica en la ciudad de Chicago— y, en tal caso, si iba a regresar en su forma humana u ofídica. El final feliz era sensiblero, pero la muerte deprimente, y a Joshua no se le ocurría nada que pudiera servir como término medio. Por otra parte, ¿cómo diablos iba a luchar un reptil contra el Departamento de Policía de Chicago y su turbio alcalde?

Demasiado hipoglucémico para teclear una palabra, cosa que tal vez lo condujera hasta la siguiente, tan solo era capaz de percibir el espacio en blanco que se abría bajo la última frase que había escrito (Hombre Serpiente: ¡No hagas eso! Primero deberíamos encargarnos del jefe). Baruch el Pinchadiscos tenía razón: el infinito agota toda la realidad. Pero la finitud también, o casi. Joshua echó un vistazo al paso de peatones que había frente al Coffee Shoppe, en el que no sucedía nada, hasta que encontró algo de alivio en el hecho de ponerse a imaginar respuestas ingeniosas para el público imaginario de una futura cena con invitados. ¿En qué se diferencia una tienda normal de una tienda medieval?* ¿La mujer de Bath de los *Cuentos* de Chaucer tomaba el té chai con leche de soja? ¿Los baristas que preparan cafés y hablan inglés medieval suelen contagiarse de la peste negra? Etcétera, etcétera.

Estaba a punto de abrir un archivo nuevo para apuntar todas las bromas sobre las tiendas medievales cuando por el horizonte de Olive Street apareció un grupo de cadetes del Cuerpo de Entrenamiento para Oficiales de la Reserva. Los cadetes se movían a un fatídico ritmo de cámara lenta, lo que le recordó el plano

* *Shoppe* es la grafía arcaica del vocablo *shop* (N. del T.)

general de *Lawrence de Arabia* en el que una mota de polvo, en la infinita planicie del desierto, acababa convirtiéndose en un jinete. Cruzaron la calle lanzándose falsos puñetazos y dándose palmaditas en el cuello recién afeitado; en sus vidas no había agobios de ninguna clase, salvo, quizás, el miedo a ser expulsados del grupo. Pero luego se los imaginó en el desierto, cubiertos de una costra de polvo y con la lengua sedienta colgándoles de los labios, en ruta hacia una batalla en la que madurarían y/o morirían heroicamente, mientras los abominables nativos les ofrecían agua contaminada, tan caliente como la orina, en unas tazas abolladas de hojalata. Los cadetes no podían imaginarse el futuro de tormentas de arena y desierto que les esperaba, y ni siquiera eran capaces de apiadarse por adelantado de sí mismos. De hecho, apenas eran capaces de ver nada más allá del inminente almuerzo, de sus representaciones pueriles de hombría o de la comedia del combate cuerpo a cuerpo a la hora de la comida. Quien tiene una mente apta para percibir muchas cosas tiene un cuerpo en su mayor parte eterno, escribió Baruch. Y desplazándose desde la triste imprevisión de los cadetes universitarios, la mente de Joshua recordó la escena de *El regreso de los muertos vivientes* en que unos zombis dan tumbos alrededor de un centro comercial vacío, incapaces de olvidar la vida anterior a su no-muerte porque sus cerebros infectados todavía conservan los restos de sus felices recuerdos navideños. Un cadete gordito percibió la intensa mirada de Joshua, y mientras el resto del grupo se metía en la tienda de sándwiches de al lado, se detuvo y le sonrió desde el otro lado de la ventana. Tenía el rostro amplio, las mejillas encendidas, los dientes de tamaños tan distintos como las siluetas de los rascacielos en el horizonte y la mirada iluminada por la engreída inocencia de la juventud. En un jubiloso abrir y cerrar de ojos, Joshua vio el paisaje narrativo que se desplegaba nítidamente ante él: todas las infinitas posibilidades, todos los planos generales y en picado, todas las bellas trayectorias de los personajes que resplandecían a través

del firmamento, toda esa vasta extensión de terreno que llevaba irremisiblemente hacia una historia de amor. Y todo lo que Joshua tenía que hacer era meterse en esa edénica simetría y luego escribirla. Pero esta vez tenía decidido que su visión no iba a pudrirse en la memoria del ordenador junto con los esqueletos de sus demás ideas. Allí mismo abrió un nuevo archivo en la carpeta de «Proyectos acabados» y redactó la página inicial:

La guerra de los zombis
de Joshua Levin
Chicago, 31 de marzo de 2003

Y llegado a este punto, se quedó mirándola.

Ay, a no ser que seas Dios, no hay posibilidad de controlar el ritmo de la creación. Joshua necesitaba comer algo antes de embarcarse en su nuevo proyecto, así que se puso a la cola detrás de un cretino cubierto de tatuajes que no era capaz de decidirse entre un bizcocho de plátano o uno de calabaza, mientras el barista, que llevaba una boina a lo Che Guevara —aunque probablemente hablaba un puto inglés medieval perfecto—, lo observaba indiferente. La pausa dio pie a que Joshua se imaginara un zombi que le mordía el cuello tatuado a aquel cretino, de forma que la sangre salpicaba todos los cafés con leche del mostrador y los teñía de color rosa, mientras el zombi permanecía totalmente ajeno a los pitidos histéricos de la máquina del café. El barista revolucionario-chauceriano, que intentaba moldear la espuma del capuchino de Joshua de la forma más artística posible, tardó una eternidad en calentar la leche, lo que dio margen para que la realidad cataclísmica del apocalipsis de los zombis fuera perdiendo fuerza y se hundiera en el fondo de su mente. Al volver a su mesa coja, se puso a mordisquear el pastel de zanahoria hasta que llegó a un nivel casi zen de vacío mental provocado por la cafeína. Cerró el archivo, luego cerró el programa y acto seguido cerró el or-

denador y se lo metió en la mochila para que pudiera dormir un poco.

Con anterioridad, Joshua había desperdiciado partes sustanciales de su vida sin que eso le hubiera dejado rastro alguno de traumas o de arrepentimiento, pero el problema acuciante de ese lunes en particular era que debía presentar varias páginas en su taller de escritura de guion nivel 2, que aquella noche iba a tener lugar por primera vez en casa de Graham. Los hippies chupapollas del Colectivo de Cine también eran unos chupasangres, y según decía Graham, le cobraban un porcentaje vergonzoso de las cuotas del taller sin preocuparse siquiera de poner papel higiénico en el baño. Él mismo había tenido que pagar el papel higiénico de su bolsillo, hasta que un día llegó a la conclusión de que sus fieles alumnos bien podían limpiarse el culo en su humilde morada, y así él podría quedarse con todo el dinero de las cuotas.

Joshua, que aún seguía sin las páginas del guion y solo conservaba unos vagos recuerdos de zombis, se hallaba tumbado en un puf de color púrpura en la sala de estar de Graham. La mesilla auxiliar, presidida por una gran botella de Coca-Cola Light ya sin gas, estaba atiborrada de pretzels. Con los testículos oprimidos por los calzoncillos mal puestos, Joshua evitaba todo contacto visual con Dillon, el de la camisa a cuadros, que estaba explicando una de sus ideas hundido hasta la cintura en el desfondado futón. Bega también estaba allí, encorvado sobre el escritorio con su camiseta de Motörhead y observando por la ventana el estadio de béisbol de Wrigley Field, esplendorosamente iluminado a aquella hora. La muchedumbre que asistía al partido soltó un alarido cuando el equipo anotó un *home run*, y Bega emitió un gruñido melancólico, mientras su tupido y desaseado pelo gris, partido en dos por una raya desigual, rimaba llamativamente con la pelusa grisácea que le cubría la

cara. Graham interrumpió la cháchara de Dillon e hizo una observación a partir del fragmento del guion que acababa de leer.

—Bienaventurados los aficionados —Graham imitó el tono afectado de sus personajes de cartón piedra—. Los que lo intentan, los que fracasan, los que tienen que nadar entre la mierda. Elogiemos ahora a los que tienen grandes sueños y no consiguen nada, a los que no se dejan amedrentar por lo imposible, a los que viven aprisionados por lo posible. Ellos son los escarabajos peloteros del Sueño Americano, los pequeños fertilizantes del suelo americano a los que nadie ha cantado nunca.

Pensativo, Graham se acariciaba con el pulgar la barbilla partida mientras observaba la reacción de su público: Dillon, absorto en el cuaderno que sostenía sobre su regazo, estaba anotando algo furiosamente; Bega decía que sí con la cabeza mientras mordía y mordía su bolígrafo Bic hasta hacerlo pedazos; Joshua tenía la mirada fija en Graham, pero no porque le prestase atención, sino porque los huevos se le habían hinchado a causa de la dolorosa presión. Resolver el problema exigía ponerse en pie, meterse la mano en el pantalón y liberar los testículos de la tenaza del calzoncillo, pero no se veía capaz de semejante hazaña, así que tuvo que aguantarse. El alma no puede imaginar nada si el cuerpo no resiste.

—Por si no sabéis lo que pasa —continuó Graham—, el chico va a triunfar a lo grande. Se hundirá al final del acto segundo, pero regresará en el acto tercero y acabará ganando un Globo de Oro.

Joshua intentó incorporarse para coger su mochila, pero el dolor que sentía en la entrepierna le hizo soltar un gemido y volver a sentarse. La sala de estar de Graham estaba abarrotada de libros en ediciones de bolsillo —en las estanterías, en el suelo, en las repisas de las ventanas—, todos ellos cubiertos de polvo y comprados con el objeto de descubrir la magia del cine y la ciencia de la escritura de guiones. En la única pared sin libros se veía un póster gigantesco de *El padrino. Parte 2*.

Al Pacino se alzaba imponente ante ellos como Jesús en un altar.

—Basado en un hecho real, caballeros. Los peces gordos de Hollywood se desplazaron hasta el mejor barrio de la ciudad a tomarse un refresco *light* conmigo, pero no les dejé que me jodieran la vida. No, señor. —Graham hizo una peineta con su dedo anular señalando al antiguo grupo de peces gordos—. ¡Que os jodan, pandilla de Weinsteins!

Mientras parlotaba, Graham se inclinaba hacia delante y hacia atrás, a la manera de un judío jasídico, y varias zonas de su coronilla calva se iban poniendo rojas como si fueran una lámpara de lava. Bega parecía divertirse con la cháchara, porque dejó de morder el bolígrafo Bic y soltó una estruendosa carcajada. Mientras tanto, Joshua se bajó del puf y se puso en pie, haciendo muecas de dolor y pasando por alto las insinuaciones antisemitas de Graham.

—Lo importante —continuó Graham— es que quieres aprender, y eso sí que está de puta madre. De todos modos, Dillon, si quieres que sea perfecta y productivamente sincero, lo tuyo está muy lejos de ser la idea más brillante que he oído. Pero vamos a trabajarlo durante todo el día y seguro que lo mejoramos.

Dillon anotó algo y luego pasó la página para escribir otra cosa más. Joshua se atrevió por fin a bajarse los pantalones para liberarse los huevos, y en el transcurso del proceso, el ojo de su ombligo, que estaba rodeado por un mechón de pelo, se puso a hacer guiños a todo el mundo.

—¿Qué coño haces? —preguntó Graham.

—Un involuntario autotirón de calzoncillos —exclamó Joshua.

Graham se puso a aplaudir, lo que sobresaltó a Dillon.

—¿Oyes eso, Dillon? ¡Involuntario autotirón de calzoncillos! ¡Escríbelo! Eso es lo que tus personajes deberían decir, y no esa basura anodina sobre la codicia de las grandes multinacionales.

El placer de liberarse los huevos unido al elogio de Graham hizo que Joshua se sintiera autorizado para hacer que Dillon se corriera de sitio y él pudiera sentarse en el futón. Se puso a escudriñar la noche que se veía fuera: el resplandor del partido de béisbol que invadía toda Wrigleyville; los vagones iluminados del tren elevado deslizándose por la curva de la avenida Sheridan; los rascacielos de Lake Shore en el horizonte; y más allá, la infinita oscuridad. Bega sacudió la cabeza sobre el escritorio, como si intentase sacarse algo de ella. ¿Piojos?

Joshua había coincidido con Bega en Escritura de Guion 1. No solían hablar mucho, más allá de un breve intercambio sobre sus guiones inconclusos. Bega demostraba una fe mezquina en su propia superioridad cuando se burlaba de las tramas estúpidas de los demás asistentes al taller. Sus tramas no eran mucho mejores, pero se protegía de las críticas al omitir los finales, con la excusa de que quería involucrar a los demás alumnos y para ello era mejor que no los supieran.

—¿Existe el autotirón de calzoncillos voluntario? —preguntó Dillon.

—Hay toda clase de tirones de calzoncillos. Que florezcan mil flores —dijo Graham—. ¿Y qué sucede después?

Dillon consultó su cuaderno. Joshua se dio cuenta de que en aquellas páginas no había nada escrito, excepto una serie de arabescos garabateados.

—Están como en el desierto —dijo Dillon— y allí hay como que todas estas cosas. Él como que se para junto a la cajita de los miedos, y estos tíos como que le preguntan qué miedos tiene, y él dice que como a tiburones y a olas, y estos tíos como que salen vestidos con sus peores miedos y empiezan a seguirlo a todas partes. Y entonces él se toma unos hongos con la chica gótica, y como que los dos se embarcan en el viaje más fabuloso de su vida, y entonces él decide que no va a irse a trabajar a Los Ángeles y como que prefiere quedarse a vivir con la chica gótica en la comuna del desierto.

Graham lo contemplaba con atención, intentando hacerse una idea de la cajita de los miedos y de los tipos vestidos de tiburo-nes y de olas.

—Eso va a costar un montón de dinero —dijo.

Por supuesto que a Dillon nunca se le había pasado por la cabeza el dinero. Anotó «dinero» en el espacio libre que había entre los arabescos y lo subrayó dos veces.

—La verdad es que no se necesita dinero para escribir un guion, pero hay que estar montado en el dólar para hacer una película. Está claro que tendrás que pedir dinero, pero eso forma parte del trabajo. —Graham empezó a inclinarse de nuevo hacia delante y hacia atrás—. Y los Weinsteins mandarán a sus jóvenes mierdecillas de veintidós años a revisar el trabajo de tu vida en una tarde en la que no tengan nada que hacer. Y luego te darán la misma calderilla que se gastan en sus depilaciones de pecho mensuales para que te las apañes y sigas trabajando. Siempre se encargan de hacerte saber que no significas nada para ellos. ¡Eres un cero absoluto! ¡Una puta nada! ¡Cero!

Bega se rio de nuevo: el odio de Graham hacia los Weinsteins parecía divertirse muchísimo. El pecho de Joshua se encogió con un espasmo de culpa: debería haber respondido a la afrenta, pero no fue capaz de hacer nada. Dillon cerró un instante los ojos, en lo que podría haber sido una reacción de pánico ante las manchas rojizas que se extendían por el cráneo de Graham. Luego volvió a refugiarse en la tranquilidad de los garabatos: a una velocidad fabulosa, estaba convirtiendo las espirales en tornados, y estos, a la manera bíblica, se juntaban en la parte superior de la página con la oscuridad. En la hoja siguiente, libre de tornados, se veían figuras de palo que hablaban con bocadillos de cómic inscritos por encima de sus cabezas en forma de O. Una de ellas llevaba en la mano de palo una tabla de surf de forma oval. *La guerra de los zombis*, pensó Joshua. ¿Adónde vamos desde Ninguna Parte?

—La buena noticia es que si pudieras convencer a un actor fa-

moso y musculitos para que hiciera de surfista podrías encontrar el dinero —dijo Graham, tras calmarse un poco—. Tal vez ese tío, ¿cómo se llama?, Hartnett.

—Creo que deberías hacer que ese tío fuera más real —dijo Bega. Fue una sorpresa oírlo hablar. Durante toda la noche había estado riéndose como un loco—. Debería ser un tipo normal, un poco filósofo, quizá un perdedor, como aquí nuestro Josh.

En el Taller de Escritura de Guion 1, Bega había atacado con ingenio —y de forma merecida, en opinión de Joshua— a un peruano en cuyos borradores aparecían dioses incas luchando contra monstruos marinos. Esta vez Joshua dijo:

—¿Yo? ¿Y a mí por qué me metes en esto?

Desde lejos, todos observaron a Joshua, el superviviente de un involuntario autotirón de calzoncillos. Tenía el cuerpo de un luchador de peso ligero que hubiera dejado de combatir a los catorce años; unos ojos soñolientos que, si se juzgasen de un modo mucho más positivo, podrían considerarse contemplativos y melancólicos; y un ligero prognatismo maxilar que a menudo le daba el aspecto de estar confuso sin ningún motivo.

—Si queréis que os sea totalmente sincero, va a ser un desafío que Joshua se convierta en un musculitos —dijo Graham—. No os preocupéis. Solo estaba bromeando.

Dillon se rio, aliviado al ver que Graham había dejado de meterse con él, y se puso a dibujar casas con chimeneas humeantes. ¿Hornos crematorios? ¿Era una forma subliminal —o qué carajo, perfectamente liminal— de hacer ver que compartía el latente antisemitismo de Graham? Incluso antes de haber visto los dibujos con los hornos crematorios, Joshua creía a pies juntillas que la gordura de Dillon procedía de su devoción hacia ciertas bandas muy poco conocidas de los noventa, cosa que requería un uniforme a base de camisas a cuadros, gafas a lo Elvis Costello y gorras caras de béisbol. ¿Y quién podía viajar desde Los Ángeles a Chicago para asistir a un taller de guion

cinematográfico? Probablemente Dillon había venido hasta aquí para *vivir como de gratis* con su abuela. La señora Alzheimer, de soltera Cogorza.

—Y ya que ha salido a relucir tu culo, Josh —dijo Graham—, ¿qué nos has traído? ¿Algo sensacional y recién salido del horno? ¿Una montaña rusa de sexo y violencia?

Bega inclinó el cuerpo hacia delante para escuchar a Joshua. Sus cejas grises brillaban a la luz de la lámpara del escritorio.

—No tengo nada escrito. Pero creo que tengo una idea —dijo Joshua—. El título provisional es *La guerra de los zombies*.

—¿Qué le ha pasado a DJ Spinoza? —preguntó Graham.

—Necesito aclarar algunas cosas. Todavía no consigo oír la música.

—¿Y qué ha sido de ese superhéroe que también era profesor?

—Tendrá que esperar su turno —dijo Joshua—. El mundo ya está lleno de superhéroes.

—Ya lo creo —dijo Graham—, igual que está a punto de quedarse sin un solo zombi.

Dillon soltó una risita. Joshua imaginó que le daba un guantazo con el dorso de la mano. Ese chico podría ser un aperitivo succulento para un zombi. Bega asintió con la cabeza, como si aprobase la visión que acababa de tener Joshua.

—Está bien —dijo Graham con exagerada paciencia—, finjamos que no cambias de idea cada semana. Finjamos que eso nos importa un puto carajo. De acuerdo. Lo importante es convencer al productor, así que suelta la maldita información. Soy el gordo Weinstein y te estoy escuchando. Haz que me enamore de ti y de tu historia. Véndeme *La guerra de los zombies*. Tengo lo que necesitas. ¡No soy inteligente, pero tengo un montón de pasta!

Joshua respiró hondo. Imaginó al gordo Weinstein sentado tras una intimidante mesa de despacho y fulminándolo con la mirada. También se le pasó por la cabeza irse de allí y no volver a ver nunca más a Graham ni soportar sus reacciones instinti-

vas de fanático, ni tampoco volver a escribir una sola línea más de diálogo. Había buenas razones para justificar una carrera de guionista que se basara en el arte de evitar por completo a los Weinstains, del mismo modo que uno se podía organizar la vida sobre la base de una ausencia absoluta de esperanza y ambición. Pero Bega estaba mirando a Joshua como si ardiera en deseos de oír lo que iba a decir, así que Joshua expulsó el aire. Cualquier cosa puede ser causa accidental de la esperanza o del miedo.

—Vale, vale. El gobierno americano tiene un programa secreto para convertir a los inmigrantes en esclavos —improvisó—. Les inocular un virus que los convierte en zombis y los ponen a trabajar en las fábricas, encadenados a la línea de producción.

A partir de ese momento todos se pusieron a observarlo con aparente interés. Dillon dejó de dibujar sus garabatos; las manchas rojas en la frente de Graham se fundieron en una masa compacta de color bermellón; Bega volvió a asentir con la cabeza mientras miraba de nuevo a Joshua, dando su aprobación a la idea de los inmigrantes. Era difícil inventarse el material bajo la atenta mirada de todos ellos, pero una vez dado el salto no tenía otra alternativa que caerse al abismo.

—Las cosas se ponen feas —dijo Joshua—. Las cosas se ponen muy, muy feas.

—Era de esperar —dijo Graham.

—¿Y entonces el virus se propaga? —preguntó Bega—. ¿Y empieza a infectar a gente que no es inmigrante?

—Exacto —dijo Joshua—. El virus se propaga. Y puede contagiar a cualquiera.

—¿Quién se salva? —preguntó Graham—. ¿Unas cuantas señoras?

—No lo tengo del todo claro —dijo Joshua—. Probablemente sí. Pero seguro que se me ocurre algo mientras trabajo.

—El virus se propaga, ¿y luego qué? —preguntó Dillon.

—Bueno —contestó Joshua, muy despacio, intentando ganar

tiempo—. Bueno, pues el gobierno decide enviar a los militares a exterminar a todos los zombis. Los militares les disparan en la cabeza y se lo pasan en grande volándolos en pedazos. Un auténtico baño de sangre, si es que los zombis pudieran derramar sangre. Pero hay tantos inmigrantes no-muertos que poco a poco los soldados también se convierten en zombis y empiezan a matar a todo el mundo, no solo a los extranjeros. Todo se vuelve una locura: hay zombis y unidades militares de exterminio por todas partes, un caos, nadie confía en nadie y no hay ningún sitio adonde huir. Una pesadilla.

Le salió tal cual, sin ningún tipo de esfuerzo, sin necesidad de pensar. Era como mentir, pero mucho mejor, porque nadie podía pillarlo; y nadie podía pillarlo porque no había forma de verificar lo que había dicho. Inmersos en el flujo de su palabrería, no tenían ni razones ni tiempo suficiente para no creer en él.

—Pero hay un médico militar, el mayor Klopstock, que cree que puede derrotar al virus. El mayor Klopstock empieza a investigar una vacuna...

—Alto ahí —dijo Graham—. ¿Qué nombre es ese? ¿Mayor Klopstock? ¿Te estás quedando conmigo? Es lo mismo que si lo llamaras mayor Mierdostock.

—Pues a mí me gusta Klopstock —dijo Joshua—. Klopstock podría ser el héroe principal. ¿Por qué no?

—¿Te crees que Bruce Willis aceptaría un papel si tuviera que llamarse Klopstock? Nunca encontrarías el dinero suficiente para convencerlo. Piensa otro nombre.

Ahora Joshua tenía la oportunidad de enfrentarse a Graham y defender la condición de judío que el nombre de Klopstock parecía otorgarle al personaje. Pero el personaje no acababa de estar vivo del todo y, en el fondo, Joshua tampoco estaba del todo entusiasmado con el nombre. Además, Joshua no había dicho en ningún momento que Klopstock fuese judío. No era ni el lugar ni el momento de tratar el asunto.

—De acuerdo, el mayor Cualquier Otro Nombre se inculca la

vacuna —continuó Joshua—. Al principio no sabemos si logrará salvarse o si acabará convirtiéndose en otro zombi.

—¿Y luego qué pasa? —preguntó Dillon.

—Luego empieza la lucha —dijo Joshua—. De eso va la historia: de la lucha del mayor.

—Lo de la lucha está bien. Al margen del problema del nombre, es un comienzo —dijo Graham—. Y quizá los militares también puedan luchar contra, vamos a ver, esos terroristas zombis que se hacen volar en pedazos como locos. Es un buen momento para hablar de algo así, ya que estamos a punto de partirles el culo a los iraquíes.

—No se me había ocurrido eso —dijo Joshua.

—Puede ser muy divertido, créeme. Lanzamos al ejército de zombis contra los follacamellos y luego todo se nos va de las manos y nuestros muchachos no-muertos regresan y quieren alimentarse con nuestra carne. Esto es cojonudo, ¿no te parece? Deja que me felicite dándome una palmada en la espalda.

Graham se dio una palmada en la espalda.

—No sé —dijo Joshua—. No me gusta meter demasiada política.

—¿Por qué no? —intervino Bega—. Mira cómo está ahora la situación. Hay enemigos musulmanes por todas partes, en cada película y en cada serie de televisión, y todo el mundo está muy contento invadiendo Irak. Todo es política. Y todo el mundo es político.

—Claro, ¿no nos derribaron las torres? —dijo Graham—. La venganza es un plato que se sirve con bombardeos de saturación.

—Sadam no tuvo nada que ver con las torres —dijo Bega—. No hay relación alguna.

—Hay gente que dice que lo hicimos nosotros —dijo Dillon—, para que así pudiéramos como atacar Irak y como quedarnos con su petróleo.

La mancha roja de la frente de Graham se reactivó de nuevo,

pero optó por no hacer ningún comentario y la mancha desapareció.

—Me encantaría ganarme la vida sin hacer nada, amigos —dijo—, pero me estáis pagando una fortuna para que os ayude a escribir guiones. Vega, si quieres que hablemos de tu material, tienes diez minutos.

—Lo que yo decía es que... —dijo Dillon.

—*Bega* —dijo Bega—. Me llamo Bega. Sigo siendo el de siempre.

—Me da igual. *Vega. Bega*. Por mí puedes llamarte Klopstock, si quieres. Que florezcan mil flores —dijo Graham—. ¿Qué te has traído? ¿Varias páginas?

—Nada de páginas. Solo tengo páginas cuando me lo sé bien todo.

Bega se frotó la cara con fuerza, usando las dos manos, y luego se rascó el cráneo, alborotándose el pelo y, quizá, dejando caer algunos piojos. Sonrió como si estuviera experimentando un espasmo. En su cara siempre estaba ocurriendo algo; el flujo de sus intrincados estados mentales siempre era visible.

—Fundamentalmente es una historia de amor —dijo Bega—. El hombre es de Sarajevo. Allí fue feliz. Era joven, tenía un grupo de rock, tenía mujeres. Llegó la guerra. Ahora es un refugiado. Va a Alemania. Allí son nazis. Trabaja de matón de discoteca, toca la guitarra solo para él. Bebe, se acuerda de Sarajevo, compone blues. Llega 1997 y los nazis lo expulsan. Vuelve a Sarajevo, pero ya nada es igual. Se le parte el alma.

—Sí, sí, esto ya nos lo contaste la última vez. ¿Has escrito algo más aparte de eso?

—¿Puedo fumar? —preguntó Bega.

—¿Que si puedes fumar? ¿Que si puedes *fumar*? ¡Y un huevo! —dijo Graham—. Dicho sea con todos los respetos.

—De acuerdo —dijo Bega, pasándose la lengua por los labios—. El hombre ya no tiene amigos en Sarajevo. La mitad de sus amigos han muerto, la otra mitad está dispersa por el

mundo. Las mujeres se han casado. Todo el mundo habla sin parar de la guerra. Y él dice: «Que se jodan», y se va a América, el país de Dylan y Nirvana y de los mejores jugadores de baloncesto. Pero ya ha perdido el alma. Y las mujeres americanas son todas feministas...

—Y vaya que sí —dijo Graham.

—... y empieza a trabajar en una tienda de guitarras. Un día entran una madre y su hija. La madre es guapa, pero la hija es fantástica. Él les toca una bonita canción de Sarajevo. La hija se enamora de él. Es como en las novelitas románticas, pero la madre llama a la policía. Está acosando a mi hija, les dice la madre, porque está celosa.

—¿Qué edad tiene la hija? —preguntó Dillon.

Bega no oyó la pregunta. En algún momento su mirada se había desviado hacia el póster de *El padrino. Parte 2* y se había puesto a hablar como si le estuviera contando la historia a San Pacino.

—Pero resulta que la madre muere de una sobredosis de antidepresivos. La hija cree que ha sido él. La policía cree que ha sido él. Los periódicos creen que ha sido él. El hombre tiene que demostrar que no ha sido él. No es más que un inmigrante, pero su foto aparece por todas partes. Toda América lo odia. Problemón.

—¿Pero hay asesino? —preguntó Joshua, devolviendo el favor de la atención prestada.

—Quizá el marido —contestó Bega—. O quizá no.

—Es muy bueno —dijo Graham—. Eso del detective inmigrante es muy bueno. Eres un ilegal, pero tienes que ir por ahí intentando averiguar lo que ha pasado. De todos modos, hay que tener cuidado con los clichés de detectives. Y también con la gramática.

—Tal vez la hija pueda ayudarlo a probar su inocencia —intervino Joshua—. Me preocupa un poco el final.

—Las películas americanas siempre terminan bien —dijo

Bega—. Pero la vida es una tragedia: naces, vives, mueres.

—Podría hacerse al estilo de una película europea de arte y ensayo. Y eso estaría bien, porque así podrías sacar tetas —dijo Graham, que hizo una pausa para imaginarse las tetas—. De todos modos, es hora de irse. La próxima vez me gustaría ver las páginas del guion. Las cosas cambian cuando tienes las páginas escritas. Todo se vuelve real.

—Lo real es lo realmente bueno de verdad —dijo Dillon.

Joshua salió a la espesa oscuridad de Grace Street, y cuando estaba a punto de quitar la cadena de su bicicleta, Bega encendió un cigarrillo como en una escena de cine negro y lo llamó, soltando una bocanada de humo desde la oscuridad restablecida.

—¿Nos tomamos una cerveza? Si quieres, te llevo.

Joshua buscó una excusa para declinar la invitación. Por su mente cruzó una caprichosa visión de Bega torciéndole el brazo por la espalda, pero no quería dejarse asustar ni tampoco parecer asustado. Bega lo miró con una mueca que bien podía ser una sonrisa despectiva o tal vez solo un prolongado gesto de espera. Dillon salió a la calle y se detuvo entre ellos, sonriendo como si les estuviera ofreciendo su amistad. Ninguno de los dos quiso reparar en él. «Que paséis una buena noche, tíos», dijo al fin Dillon, y se metió en su vehículo recomido por el óxido, que se tenía en pie gracias a un montón de pegatinas que expresaban ideas ajenas: «Si quieres la paz, trabaja para la justicia» y cosas así. Si Joshua tuviera que poner una pegatina en su coche (coche que no tenía), diría esto: «Todo lo que es, o bien existe en sí mismo o en otra cosa». ¿Qué transeúnte iba a entender aquello? Pero ese, justamente, sería el puntazo.

—Vale, vamos a tomarnos una copa —dijo.